

*«Morir poco a poco, con dedicación y deleite es el arte que aconsejo.»
Estatua de Séneca, por F. Viciano Martí.*



Si ustedes se suicidan van a hacerme un favor

EDUARDO HARO IBARS

... así que absténgase. El suicidio es uno de los juegos más apasionantes de los que intelectuales, artistas y simples —o complejos— particulares de toda época y condición, han practicado. Es algo que parece ser una apuesta contra los demás, un desafío o una demanda de socorro, pero que en realidad resulta apuesta contra sí mismo, juego máximo donde uno se juega lo único que cree poseer, la propia vida, contra todo lo demás. Es, también, un acto de amor: el último y más importante. Dirigido, claro está, a nuestros detestados verdugos, a la sociedad, al público en general, a sus cabezas visibles e invisibles, a ese Todo de imprevisibles y magníficas manifestaciones.

Además, el suicidio, ya lo contó Baude-

laire —hombre de frases y actitudes más logradas que su poesía, como buen dandy— es una idea que ayuda a pasar más de una mala noche. O sea, un buen juego. Un solitario, más o menos como la masturbación y otras formas de prestimanía. Ha servido de pretexto a Durkheim para hacerse un nombrecito en el campo de la sociología; a Séneca para hacerse pasar definitivamente por estoico; a John Donne y a Montaigne para inaugurar un cierto humanismo; y a algunos más para encontrar una salida, no muy cómoda, pero sí conveniente, a situaciones invivibles.

Incapaz, momentáneamente, de suicidarme yo mismo —y, además, carente por completo del deseo de hacerlo; prefiero el

Si ustedes se suicidan



asesinato, que siempre es cosa de tres —he pensado en hacer una pequeña historia, un simple resumen del suicidio como arte. No, claro, como tema literario o artístico, sino como arte en sí mismo. Porque así lo veo: el hombre que decide finalizar con su vida, y que lo lleva a cabo, convierte su muerte en un poema no escrito, en un *happening* que puede, por sí solo, justificar toda una vida de errores, o —lo que es peor— de omisiones. Alguien dijo —no sé si fue Cocteau, otro hombre de perfiles; pero la frase es más digna de Jackson Pollock— que el pintor que se tira por una ventana dejará una hermosa mancha en el pavimento. Frase brillante, pero no del todo cierta: el suicidio es un arte al alcance de todos, y no hace falta ser un especialista para llevarlo a cabo. Es el arte socialista por excelencia; gracias a él se cumple el sueño de los viejos socialistas utópicos —no me refiero, claro está, a los del partido del puño y la rosa—: cada hombre, un artista. La poesía hecha por todos, no por uno, que decía el conde de Lautréamont.

Existen, también, otras formas de arte no reconocidas, como puedan ser el asesinato, el secuestro, el atraco a mano armada y la subversión general. No hablaré de ellos aquí, aunque remito a mis posibles lectores a clásicos del tema: «Del asesinato considerado como una de las bellas artes», de Thomas de Quincey, y «Le Voleur», de Georges Darien. Es ejemplar, también, la biografía del anarquista Jacob Alexandre, caballero ladrón, que inspiró a Maurice Leblanc para su «Arsenio Lupin», y que fue el verdadero inventor del robo científico; hablaré de él más adelante como suicida, que también lo fue, y de los buenos.

Quizá sea el aspecto subversivo del suicidio lo que le ha hecho ser tan duramente castigado y reprimido por las leyes de casi todos los países occidentales: los antiguos griegos, bastante liberales, sin embargo, en ese tema, cortaban la mano del cadáver que se había hecho a sí mismo. Más adelante, los romanos lo castigaron solamente si no era «con causa justificada»; en realidad, para ese pueblo salvaje y admirable, el darse muerte era un acto honorable, no necesitado en la mayoría de los casos de justificación. Séneca, que en realidad se suicidó por obligación, más que por ganas, llega a decir: «¿Buscas el sendero de la libertad? Lo hallarás en cada vena de tu cuerpo.» En otro sentido está el «shoot your way to freedom», de los modernos yanquis,

Y su amigo Atalo —verdadero estoico— aconsejaba a un amigo suyo: «No sólo el hombre prudente, valeroso o desgraciado puede desear la muerte, sino también el difícil de contentar.» El suicidio entre los romanos era una forma de morir como otra cualquiera, mejor que muchas; centenares de patricios acusados de diversos delitos se cortaban las venas o se arrojaban sus espadas —método drástico y bastante doloroso, que sólo aconsejo a los expresionistas del suicidio— para escapar al deshonor de un proceso o para preservar sus bienes de la codicia de los Césares, y entregárselos a sus familiares.

Pero lo que entre griegos y romanos era privilegio de hombres libres, honorables y cansados, entre los cristianos primitivos se convirtió en una verdadera epidemia: el martirio era una forma perversa de suicidio, que hacía de los verdugos meros instrumentos para alcanzar la Gloria, el honor, y para dar testimonio de fe. Hubo sectas, como la de los donacianos, que llegaban a agredir a los viandantes, a asaltarles, amenazándoles con asesinarles si no les mataban. Posteriormente, ya en la Edad Media, cátaros y albigenses se dejaban morir de hambre, al considerar la vida como lo que para ellos era: esto es, un valle de lágrimas. Para acabar con tales excesos, la Iglesia condenó el suicidio con auténtica dureza: recordando antiguas costumbres, al suicida se le descuartizaba, se le atravesaba el corazón con una estaca, se le enterraba en los cruces de caminos para que todo el mundo hollase el lugar donde descansaba su cuerpo. Había justificaciones teológicas, claro: el cuerpo es templo del Espíritu Santo, hecho a imagen y semejanza de Dios; quien atentaba contra él, atentaba contra la Divinidad, y pecaba además contra Su propiedad privada: pues que el Hombre pertenece a Dios, y no a sí mismo. La verdad subyacente, es que las jerarquías cristianas temían quedarse sin feligreses, si la cosa seguía así.

En plena Edad Media, Dante coloca a los suicidas en uno de los más oscuros círculos de su Infierno: están condenados a ser convertidos en árboles de ramas espinosas, que sangran

cuando se las rompe. Francamente desagradable, por supuesto; pero la época no era precisamente alegre, y el suicidio debía ser bastante frecuente. Y es precisamente entonces, cuando se considera al suicida como un ser pecador y detestable bajo todos los aspectos, cuando se le condena al descuartizamiento si sobrevive, el momento en que se hacen una en el folklore la figura de quien decide poner fin a su vida, y la del condenado a continuarla siempre, de una manera asaz y precaria: el vampiro. Si los muertos, o sus espíritus, suelen ser considerados enemigos de los vivos, con más razón lo son los suicidas: ellos se han negado a todo, han negado sus cuerpos y condenado sus almas. Y en el pecado encuentran la penitencia, que es también penitencia para los demás: la tierra los rechaza —como hace, en la Grecia ortodoxa, con los excomulgados— y se ven obligados a vagar de un lado a otro, sin alma, atormentando a los vivos, hasta que reciben el golpe de gracia —estaca en el corazón o cualquier otra barbaridad similar— que los enviará a un infierno aún más espantoso. El vampiro es un suicida fracasado, para la mentalidad medieval.

Pero no hablemos más de leyes, esas enemigas del hombre; bástenos decir que, todavía hoy, tanto en España como en muchos otros países, el suicidio es un delito, o bien una forma de locura; lo que quiere decir lo mismo: el suicida es apartado del resto de sus semejantes; considerado con desprecio; se le considera un cobarde, un demente, o —en el mejor de los casos— un histérico deseoso de llamar la atención, de pedir socorro. ¡Como si eso fuera malo!

Tenemos varios ejemplos históricos de suicidas artistas, o, más bien, de artistas del suicidio. Es notorio el caso de aquel noble francés del siglo pasado, amigo de la buena vida y de las francachelas. Antes de arruinarse por completo, organizó una fiesta a la romana para sus amigos. Todo eran risas, gritos de cortesanas y jolgorio de borrachos. Tras los postres y el café, el noble —me lo imagino, aunque las crónicas no lo dicen, dotado de esa juventud algo marchita que es privilegio de los hedonistas— hizo entrar en el salón del banquete una jaula llena de panteras. Hubo entre los invitados un estremecimiento de excitación y placer anticipados: ¿qué nueva excitación les depararía su huésped? Este no les defraudó. Se levantó de su asiento, hizo una reverencia... y penetró en la jaula. Sólo

quedaron de él los anillos, apostillaría mi buen amigo Luis Antonio de Villena.

Está también el caso de Jacob Alexandre, a quien ya he citado; en los años cincuenta, cansado de haber vivido, se inyectó una sobredosis de morfina, y tuvo buen cuidado de meterle otra a su perro, su mejor amigo.

En su nota de despedida explicaba que había dejado su ropa tendida y planchada, por si podía servir a alguien. No hace mucho, un anarquista español, exiliado en Francia —no recuerdo el nombre; lo leí en un ejemplar de la revista «Bicicleta»— decidió acabarse, porque se consideraba incapaz de entender el pensamiento y la vida de la juventud actual; noble y lúcida actitud que muchos debieran seguir.

Entre los surrealistas, ha habido casos notables de suicidio. Tenemos, para empezar, el de Jacques Vaché. Este, pre-surrealista, amigo de Breton e inspirador de muchas de sus ideas, era un fantástico dandy, dedicado con pasión al arte de no hacer nada. Más de una vez, en sus cartas, explicó que no deseaba morir solo. Y así lo hizo: aficionado al opio, se sirvió una dosis

mortal de dicho producto. Y se llevó con él a otros dos amigos suyos, que no sabían de qué iba la cosa.

Por su parte, Arthur Cravan —poeta, hoxeador, alcohólico y sobrino de Oscar Wilde, se lanzó al mar en una frágil barquichuela, rumbo a Ninguna Parte; y llegó.

René Crevel, «el más bello de los surrealistas», describió su suicidio once años antes de llevarlo a cabo: «una tetera sobre el hornillo de gas, la ventana bien cerrada, abro el gas; olvido encender la llama.» Sobre su cadáver, una tarjeta prendida: «René Crevel, surrealista.» Y la fecha de su nacimiento, y la de su muerte.

Por su parte, Jacques Rigaut, el dandy que frecuentaba el Ritz y escribía delicados aforismos sobre el suicidio y la inutilidad de todo, tenía escrita en su puerta la siguiente frase: «Entre sin llamar, pero por favor, suicídese antes de salir.» Definía el suicidio como «el único camino que nos queda para demostrar nuestro desprecio por la vida». Eligió una forma de muerte sencilla y escueta como él mismo —cada uno elige la muerte que más se le parece, no la que se merece—: se pegó un tiro, tras una cura de desintoxicación. Pero antes tuvo la precaución de extender un hule sobre la cama en la que se había tumbado, para no mancharla. El personaje, y el último día de su vida, ha sido glosado —no puede decirse, en este caso, «inmortalizado» —por Drieu

la Rochelle, en un excelente relato, «El Fuego Fatuo».

«¿Es el suicidio una solución?», preguntaban precisamente los surrealistas en una encuesta dirigida a los intelectuales del momento, y a la que —era de esperar— todo el mundo contestó tonterías. La pregunta misma es inane. ¿Una solución a qué?: ¿es la vida un problema? Otro —creo que fue Duchamp— había dicho antes, lapidario: «No hay soluciones, porque no hay problemas.» A mi entender, el suicidio no debe considerarse como solución a nada. Ni tampoco como puerta de salida. El suicidio es un acto libre, y a menudo hermoso. Es el rechazo de todo, menos de uno mismo: porque el suicida se afirma en la negación de todo lo demás; demuestra a los otros que tiene razón.

Hay, claro está, otra forma de suicidio: como dice un amigo mío —no quiere que cite su nombre—: ¿suicidio? Uno solo, y que dure. Así considera la vida el suicida meticoloso y precisista, al estilo del acuarelista Hokusai, que estuvo toda su vida tratando de realizar la acuarela perfecta, y murió al conseguirla. Morir poco a poco, todos los días, con dedicación y deleite, este es el arte que aconsejo —si es que alguien soy para aconsejar algo— a quien quiera leerme. Y, si es posible, morir —todos los días, repitiendo. Por supuesto, y parafraseando al maestro Wilde, matando lo que amamos. ■ E. H. I.

